

## UNIVERSIDAD, ECOSISTEMA DE GRANDES DEPREDADORES

En la sabana, ecosistema de tierras áridas y grandes depredadores, se encuentra un león hambriento. De su boca sale un gruñido ronco. Está listo para atacar.

A cien metros, un precioso rebaño de gacelas pasta despreocupadamente, todas ellas ajenas a esos ojos escrutadores que llevan horas observando, empapándose de cada uno de sus movimientos.

Él espera y espera. «Mente fría», repite una y otra vez para sí mismo, como si de un mantra se tratase. Sin embargo, hacer caso a sus propias palabras le supone un esfuerzo sobrehumano. Siempre ha sido más de tener pensamientos llameantes.

Gradualmente, las gacelas comienzan a sentirse incómodas, como fuera de lugar. Ya no quieren seguir pastando en aquel lugar bajo la extraña sensación que las embarga. No logran ver nada preocupante en la llanura, pero tampoco consiguen sacudirse esa impresión: la impresión de estar acorraladas en campo abierto.

Entretanto, el depredador se regodea del efecto que ha causado. No llegará a atacar, pues no es lo que busca; eso no lo satisfaría lo suficiente, al menos no todavía. Él prefiere acechar a estos dóciles animales, concretamente a las más jóvenes de la manada. Ellas son las que tiene en su punto de mira.

Una de las gacelas se ha separado de sus compañeras y se encuentra pugnando por controlar su respiración frente a la puerta de madera de nogal que le resulta inmensa. Debería entrar ya si no quiere que se le haga tarde, aunque su puño titubea cuando lo levanta para llamar. Aún es joven para darse cuenta de que no presentarse también es una opción.

Él la ha citado para divertirse un poco, pero ha elegido el pretexto con sumo cuidado. No quiere llamar la atención. Se relame las fauces al otro lado de aquella puerta. Puede sentir la incomodidad de su invitada. Quizá ya se ha cansado de esperar.